

TERZKY.—Le comisionaron mis regimientos para renovarte su juramento. Aguardan con impaciente ardor la señal del combate.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo estalló el tumulto? El ejército nada debía saber antes que la fortuna se decidiera por nosotros en Praga.

TERZKY.—¡Ah si me hubieses creído!... Ayer mismo te conjurábamos todavía á que no dejaras salir á Octavio, esa serpiente... y tú mismo le das caballos para la fuga.

WALLENSTEIN.—¡Vuelta al estribillo!... Resueltamente, no hablemos más de tan absurdas sospechas.

TERZKY.—Fiaste igualmente en Isolani, y es el primero que te abandona.

WALLENSTEIN.—Ayer le saqué de la miseria... ¡Vaya mucho con Dios!... Jamás conté con la gratitud.

TERZKY.—Todos son iguales.

WALLENSTEIN.—Después de todo, está en carácter abandonándose. Sigue fiel al acaso, su señor en la mesa de juego. No á mí, sino á mi fortuna era adicto, y por tanto á ella y no á mí abandona. ¿Quién era yo para él, ni él para mí? Yo era la nave cargada de esperanzas en la cual navegaba alegremente en alta mar; ve ahora que nos dirigimos á un escollo y se da prisa á retirar la mercancía. ¿Qué lazo de afecto nos unió? Ninguno; huye como deja el pájaro la rama inútil. Quien fía en los hombres frívolos merece realmente ser engañado. Sobre su estrecha y movable frente, se pintan en fugaces rasgos las imágenes de la vida, mas puedes estar seguro de que nada echará raíces en su mudo corazón, y si el fácil bienestar les mueve blandamente, fáltales el alma que abraza sus entrañas.

TERZKY.—Y sin embargo, prefiero fiarme de esas frentes tersas que de las ceñudas.

ESCENA VIII

WALLENSTEIN.—TERZKY.—ILLO enfurecido

ILLO.—Traición... se sublevan.

TERZKY.—¿Qué ocurre?

ILLO.—Al dar la orden de retirarse á los regimientos de Tiefenbach... ¡Canallas! ¡olvidar así sus deberes!...

TERZKY.—Pero ¿qué?

WALLENSTEIN.—¡Qué!

ILLO.—Se han negado á obedecer.

TERZKY.—¡Fuego en ellos!... Mándalo.

WALLENSTEIN.—Calma. ¿Qué pretexto dan para eso?

ILLO.—Dicen que ellos sólo deben obedecer á su teniente general Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

ILLO.—Que tal es su orden, que él les ha mostrado con la firma del Emperador.

TERZKY.—Con la firma del Emperador... Ya lo oyes.

ILLO.—Por su mandato se fugaron también ayer los coroneles.

TERZKY.—Ya lo oyes.

ILLO.—Montecucculi, Caraffa y seis generales más, están ya muy lejos, y también él les persuadió. Tiempo há se guardaba la orden en el bolsillo, y últimamente se concertó con Questenberg.

(*Wallenstein cae en una silla, ocultando el rostro entre las manos.*)

TERZKY.—¡Ah, si me hubieses creído!

ESCENA IX

Dichos.—LA CONDESA

LA CONDESA.—Yo no tengo más paciencia... Decidme qué pasa, por Dios!

ILLO.—Las tropas nos abandonan; el conde Piccolomini es un traidor.

LA CONDESA.—¡Bien lo presentía! (*Se va corriendo.*)

TERZKY.—¡Ah, si me hubieses creído! Ya ves cómo las estrellas te han mentido.

WALLENSTEIN (*levantándose*).—No; las estrellas no mienten; cuanto ocurre es contrario á su curso y al destino. La ciencia y las profecías descansan en la verdad, pero la doblez de un corazón hipócrita desmintió al mismo cielo, que cuando la naturaleza se sale de las vías comunes, toda la ciencia se extravía. Si fué una superstición quien me impidió deshonrar la naturaleza humana con tales dudas ¡oh! nunca jamás me sonrojara mi flaqueza. Hasta en el instinto de los animales existe una suerte de religión; hasta los salvajes evitan compartir el pan con su víctima. ¡Ah, no es un rasgo de heroísmo lo que has hecho, Octavio! No fué tu prudencia quien venció la mía, sino tu vileza quien triunfó indignamente de mi noble confianza. ¿Qué escudo podía resguardarme de tu golpe mortal, si le descargaste sobre un pecho indefenso, y contra semejantes armas soy débil como un niño?

ESCENA X

Dichos.—BUTTLER

TERZKY.—Aquí está Buttler. Aún nos queda un amigo.

WALLENSTEIN (*se dirige hacia él con los brazos abiertos y le abraza cordialmente*).—¡Ven á mis brazos, ven, mi antiguo compañero de armas! No son tan suaves en primavera los rayos del sol, como la presencia de un amigo en tales momentos.

BUTTLER.—General... vengo...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HAYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

WALLENSTEIN (*apoyándose en el hombro de Buttler*).— ¿Sabes ya que Piccolomini, el padre, me ha vendido al Emperador?... ¿Qué dices á eso? Treinta años hemos vivido juntos y soportado las mismas penalidades; en campaña, uno fué nuestro lecho, en la misma copa bebimos, nos partimos el mismo pan. En él me apoyaba como ahora en tus fieles hombros, y en el propio instante en que mi corazón latía confiado junto al suyo, advierte la ventaja, espía el momento favorable y me parte el pecho de una puñalada.

BUTTLER.—Olvidad ahora al pérfido, general; decidme ¿qué partido pensáis tomar?

WALLENSTEIN.— Dices bien ¡vamos! no pensemos más en él. Amigos me quedan todavía, ¿no es verdad? el destino se me muestra afectuoso, puesto que al desenmascarar á un hipócrita, me favorece con un hombre leal. No hablemos más de él, ni penséis que lo eche de menos. Lo que me aflige es su traición, porque yo los amaba, los estimaba á los dos... Y Max me amaba también de verdad... Este no me fué traidor, no... Basta, basta... Lo que ahora conviene es tomar prontas medidas. El correo del conde Kinzky puede llegar de un momento á otro y no ha de caer su mensaje en manos de los sublevados. Con que mandad corriendo un propio que salga á recibirle... un hombre de confianza que me lo traiga en secreto.

(*Illo hace que se va. Buttler le detiene.*)

BUTTLER.—¿ Á quién aguardáis, mi general?

WALLENSTEIN.—El correo de Praga, con la nueva de lo que allí haya ocurrido.

BUTTLER.—¡ Hum!

WALLENSTEIN.—¿ Qué os pasa?

BUTTLER.—Entonces, no sabéis...

WALLENSTEIN.—¡ Qué!

BUTTLER.—Cómo fué el tumulto.

WALLENSTEIN.—¿ Cómo?

BUTTLER.—El correo...

WALLENSTEIN (*con inquietud*).—¿ Qué?

BUTTLER.—... Ya está aquí.

TERZKY É ILLO.—¿ Está aquí?

WALLENSTEIN.—¿ Mi correo?

BUTTLER.—Algunas horas há.

WALLENSTEIN.—¡ Y yo nada sé!

BUTTLER.—La guardia le ha preso.

ILLO (*dando con el pié en el suelo*).—¡ Maldición!

BUTTLER.—Su carta ha sido abierta y corre de mano en mano por el campamento.

WALLENSTEIN.—¿ Sabéis qué dice?

BUTTLER (*indeciso*).—No me lo preguntéis.

TERZKY.—¡ Desdichados de nosotros, Illo!... Todo se derrumba á un tiempo!

WALLENSTEIN.—Nada me ocultéis. Tengo suficiente ánimo para oír la más terrible noticia. ¿Se perdió Praga? Decidlo francamente.

BUTTLER.—¡ Se perdió! Todos los regimientos apostados en Budweis, Tabor, Braunau, Königgrätz, Brun, Snam, os abandonaron y renuevan su juramento al Emperador. Hay orden de arrestaros á vos, á Kinsky, Illo, Terzky.

(*Terzky é Illo se manifiestan desesperados y aterrorizados.*)

(*Wallenstein permanece firme y tranquilo.*)

WALLENSTEIN (*pausa*).— ¡ Por fin!... Así es mejor. Pronto me libertaron de las angustias de la duda; libre ya, todo se aclara para mí. La estrella de Friedland fulgura con mayor brillo entre las sombras de la noche. Perplejo é irresoluto tiré de la espada, y sujeto á violentas contradicciones mientras me fué dable elegir, pero ahora la necesidad se impone y las dudas se desvanecen. Combato por mi vida y por mi cabeza.

(*Vase, seguido de los demás.*)

ESCENA XI

LA CONDESA TERZKY

LA CONDESA (*sale por una puerta lateral*).—No, no puedo soportar más. ¿Adónde fueron? Me deja sola, sola en tan horrible ansiedad, y obligada á parecer tranquila y sepultar mis sufrimientos delante de mi hermana. No puedo soportar esta idea; si nuestra empresa aborta y ha de pasarse á los suecos, con las manos vacías y fugitivo, y no como respetable aliado, ó andar errante como el Palatino, siendo en todas partes monumento de nuestra caída grandeza... ¡ah, no puedo pensarlo!... si él mismo fuese capaz de soportarlo, yo no sufriría verle caer de tal modo.

ESCENA XII

LA CONDESA.—LA DUQUESA.—TECLA

TECLA (*queriendo detener á la duquesa*).—¡Oh, madre mía... aguardad!

LA DUQUESA.—No, algo terrible me ocultan. ¿Por qué mi hermana huye de mí? ¿Por qué se mueve ansiosa? ¿Por qué tú estás asustada? Qué significan esas señas misteriosas que os hacéis?

TECLA.—Nada, madre mía.

LA DUQUESA.—Quiero saberlo, hermana.

LA CONDESA.—¡A qué andarse con misterios, si no es posible ocultárselo, y á la larga tendrá que saberlo y sufrir! No es ocasión de abatirse, sino de mostrar valor, hermana mía; hay que ejercitar la fuerza de ánimo. Y es preferible decidir con una palabra. Te es-

tán engañando; tú crees que el duque ha caído en desgracia y no es eso. El duque...

TECLA (*acercándose á la condesa*).—¿Queréis matarla?

LA CONDESA.—El duque...

TECLA (*cogiendo á su madre*).—¡Valor, madre mía!

LA CONDESA.—El duque es rebelde; pretendió pasarse al enemigo, y el ejército le ha hecho traición. La empresa ha fracasado.

(*La duquesa cae desmayada en brazos de su hija.*)

ESCENA XIII

Gran sala en el palacio de Friedland

WALLENSTEIN

WALLENSTEIN (*revestido de su armadura*).—Venciste, Octavio. Heme aquí en mayor abandono que en el consejo de Ratisbona. Entonces, sólo contaba conmigo mismo; mas viendo lo que podía un hombre, despojasteis al árbol de sus ramas, y me habéis convertido en desnudo tronco. Pero en él subsiste todavía la fuerza creadora, capaz de engendrar un mundo. Ya en otra ocasión yo solo valí por todo un ejército ¡yo solo! cuando deshechas las tropas por los suecos, y vencido en Lech, Tilly, vuestra última esperanza, Gustavo inundaba la Baviera, y temblaba el Emperador en su palacio de Viena. Los soldados eran caros. ¿Dónde reclutar nueva gente si la multitud se va siempre con la fortuna? Entonces volvisteis los ojos á mí, á mí, el salvador en el peligro, y el orgullo imperial se humilló ante el hombre á quien había ofendido cruelmente. Forzoso les fué alzarme para pronunciar la gran palabra, y congregar formidables huestes en un campamento desierto. Aparezco yo, redobla el tambor, suena mi nombre como el del dios de la guerra, abandona

este el arado, aquel su taller, y la multitud acude en tropel á mis banderas que infunden la esperanza. ¡Ah, me siento fuerte como entonces! El espíritu da forma al cuerpo; Friedland poblará de nuevo su campo. ¡Cómo vencerme con esos millares de soldados, si están acostumbrados á la victoria bajo mis órdenes, pero no contra mí? Separáis los miembros de la cabeza; ahora veremos dónde residía el alma. (*Salen Illo y Terzky.*) ¡Valor, amigos, valor!... Todavía no dieron con nosotros en tierra. Disponemos de los cinco regimientos de Terzky y las valientes tropas de Buttler; y mañana un ejército de diez y seis mil suecos vendrá á reunirse con nosotros. De menos fuerzas disponía, nueve años há, cuando reconquisté Alemania para el imperio.

ESCENA XIV

Dichos.—NEUMANN, hablando aparte con TERZKY

TERZKY (*á Neumann*).—¿Qué quieren?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

TERZKY.—Diez coraceros de Pappenheim desean hablarte en nombre de su regimiento.

WALLENSTEIN (*á Neumann*).—Que entren. (*Vase Neumann.*) Algo espero de ese paso. Se hallan perplejos todavía, y podemos ganarlos.

ESCENA XV

WALLENSTEIN.—TERZKY, ILLO, DIEZ CORACEROS, á las órdenes de UN ALFÉREZ. Se colocan en fila delante del duque, y saludan y se cuadran militarmente.

WALLENSTEIN (*después de haberlos examinado un momento, dirigiéndose al alférez*).—A ti te conozco yo; eres flamenco... de Bruges, y te llamas Mercy.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general: Enrique Mercy.

WALLENSTEIN.—Recuerdo que te coparon en una marcha las tropas de Hesse, y supiste abrirte paso á través de millares de enemigos con sólo ciento ochenta hombres.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general.

WALLENSTEIN.—¿Qué recompensa obtuviste por este acto de bravura?

EL ALFÉREZ.—Lo que pedí, mi general: el honor de pasar á coraceros.

WALLENSTEIN (*á otro*).—Tú eras de los voluntarios que hice salir de Altenberg para apoderarse de una batería sueca.

EL 2.^o CORACERO.—Sí, mi general.

WALLENSTEIN.—Al que me habló una vez, ya no vuelvo á olvidarle en la vida. Decidme ahora, ¿qué os trae aquí?

EL ALFÉREZ (*voz de mando*).—¡Presenten armas!

WALLENSTEIN (*á otro*).—Tú te llamas Risbeck, y eres de Colonia.

EL 3.^{er} CORACERO.—Risbeck, de Colonia.

WALLENSTEIN.—Llevaste prisionero al coronel sueco Dübald al campamento de Nuremberg.

EL 3.^{er} CORACERO.—No fui yo, mi general.

WALLENSTEIN.—Es verdad, fué tu hermano mayor. Otro tenías más joven que tú. ¿Qué ha sido de él?

EL 3.^{er} CORACERO.—Está en Olmütz, con el ejército imperial.

WALLENSTEIN (*al alférez*).—Vamos; os escucho.

EL ALFÉREZ.—Ha llegado á nuestras manos una carta del Emperador, que...

WALLENSTEIN (*interrumpiéndole*).—... Y decidme, ¿quién os ha elegido?

EL ALFÉREZ.—Cada escuadrón ha sacado un nombre á la suerte.

WALLENSTEIN.—Vamos al asunto.

EL ALFÉREZ.—Hemos visto una carta del Emperador en la cual nos releva de la obediencia, por consideraros traidor y enemigo de la patria.

WALLENSTEIN.—¿Y qué habéis resuelto?

EL ALFÉREZ.—Nuestros camaradas de Braunau, Budweis, Praga y Olmutz han obedecido la orden, y los regimientos de Tiefenbach y Toscana siguieron su ejemplo... pero nosotros no creemos que seáis traidor y enemigo de la patria... nos parece calumniosa invención de los españoles. (*Con cordialidad.*) Vos mismo nos diréis vuestros proyectos, porque nos habéis tratado siempre con sinceridad y tenemos en vos plena confianza; no ha de interponerse un tercero entre un buen general y sus valientes soldados.

WALLENSTEIN.—En esto reconozco á mis hombres de Pappenheim.

EL ALFÉREZ.—El regimiento os pregunta, pues, si pensáis limitaros tan sólo á conservar el mando que os confió el Emperador, y servir al Austria lealmente. Siendo así, nosotros estamos resueltos á sostener vuestros derechos, y aunque todas las tropas os abandonaran, nosotros permaneceremos fieles y verteremos por vos la última gota de sangre, porque nuestro deber es morir antes que dejaros sucumbir. Pero si el Emperador dice verdad y queréis entregarnos pérfidamente al enemigo ¡lo que Dios no quiera! entonces nos vamos y obedeceremos al Emperador.

WALLENSTEIN.—Oídme, muchachos.

EL ALFÉREZ.—No es necesario emplear muchas palabras. Decidnos sí ó no, y nos daremos por satisfechos.

WALLENSTEIN.—Oídme. Sé que sois inteligentes, y queréis pensar y juzgar por vosotros mismos, sin dejaros llevar de la corriente de la multitud. Por esto os he distinguido siempre, como ya sabéis. La mirada rápida del general sólo atiende á las banderas, y no se

fija en los individuos; fuerza es obedecer sus órdenes ciegamente sin que importe nada el hombre al hombre... pero con vosotros nunca obré así. Tan pronto como tuvisteis conciencia propia de vuestro rudo oficio, y ví brillar en vuestra frente la varonil inteligencia, os traté como hombres libres, y os concedí el derecho de tener opinión propia.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general; nos habéis tratado siempre con dignidad y honrado con vuestra confianza y favores por encima de los demás regimientos. Á esto correspondemos con no seguir al resto de las tropas. Decidnos una sola palabra, una sola nos bastará: decidnos que no pensáis en traición alguna, ni en entregarnos al enemigo.

WALLENSTEIN.—¡Cómo así, cuando la víctima de la traición soy yo, muchachos! El Emperador me sacrifica á mis enemigos, y he de sucumbir si no me salvan mis valientes. En vosotros quiero descansar, en vuestro corazón hallar mi fortaleza... Contra esta encanecida cabeza, contra este pecho, asesta sus golpes España. Así me paga mis victorias en las llanuras de Lutzen... Por alcanzar al fin tal recompensa ofrecimos el pecho desnudo á las armas enemigas, y dormimos sobre el hielo y las duras piedras; cuando nuestra marcha era más rápida que un torrente y no había bosque impenetrable á nuestro paso... Nosotros perseguimos al infatigable Mansfeld por las intrincadas revueltas de su fuga, sin que nos permitiéramos descanso, atravesando el mundo agitado por la guerra, como torbellino de viento que no pára en ninguna parte. Y ahora que realizamos tan ásperas y malditas hazañas, y nuestro brazo fiel é infatigable alivió el peso de la guerra, viene el hijo del imperio á firmar la paz y á arrancarnos el ramo de olivo que debía ceñir nuestra frente, para enlazarlo á su rubia cabellera!

EL ALFÉREZ.—¡Ah no!... esto no será mientras po-

damos impedirlo. Nadie sino vos debe concluir esa guerra que dirigisteis con tanta gloria. Vos nos guiásteis á la muerte, y sólo vos debéis llevarnos á la paz y compartir con nosotros el fruto de tanta fatiga.

WALLENSTEIN.—¡Cómo! ¿Pensáis acaso regocijar con él vuestra vejez? ¡Ah no lo creáis! no veréis vosotros el fin de esta lucha; esta guerra nos devorará á todos. El Austria no quiere la paz. ¡Cabalmente sucumbo por haberla querido! ¡Qué le importa al Austria que tan prolongados combates dejen extenuado al ejército y desierto el mundo, mientras se engrandezcan sus dominios?... Veo que eso os conmueve, y chispea la cólera en vuestros ojos. ¡Ah si mi hálito pudiera animaros como antaño cuando os llevaba al combate! Queréis venir en mi ayuda, y defender mis derechos: ¡generoso proceder! pero ¿qué podéis hacer por mí, siendo tan pocos, si os sacrificaríais en vano por vuestro general? (*En tono de confianza.*) No, dejadme buscar auxiliares para garantir mi seguridad, y puesto que los suecos nos ofrecen su apoyo, aparentemos utilizarlo hasta que, temibles para ambos partidos, y teniendo en nuestras manos los destinos de Europa, podamos ofrecer, desde el campamento, la dulce paz al mundo recogido.

EL ALFÉREZ.—De modo que vuestra alianza con los suecos es tan sólo aparente, y no fué vuestro designio hacer traición al Emperador ni hacer de nosotros súbditos de Suecia! Es lo único que deseamos saber.

WALLENSTEIN.—¿Qué me importan los suecos? Los odio como al infierno, y con la ayuda de Dios espero arrojarlos muy pronto al otro lado del Báltico... Porque, la verdad.... me conmueve la miseria del pueblo alemán... Aunque simples soldados, como tenéis conciencia de vuestro valer, siempre os he preferido á todos, y os he juzgado dignos de hablaros con toda franqueza... voy á revelaros un secreto. Veamos; quin-

ce años há que arde la guerra, sin que haya tregua en parte alguna. Ni alemanes, ni suecos, ni papistas ni luteranos, nadie quiere ceder, todos alzan su brazo armado; en todas partes, facciones, y en ninguna el juez: ¿cuándo cesará esto? ¿quién desenredará la madeja que se embrolla cada vez más? No hay más remedio que cortarla. Me siento elegido por la suerte y con vuestro auxilio cumpliré sus decretos.

ESCENA XVI

Dichos. — BUTTLER

BUTTLER (*sale corriendo*).—Eso no está en el orden mi general.

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTTLER.—Eso dañará vuestra reputación á los ojos de los sensatos.

WALLENSTEIN.—¿Pero qué es?

BUTTLER.—Á eso se le llama sublevarse abiertamente.

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa?

BUTTLER.—Los regimientos del conde de Terzky arrancan de sus banderas las águilas imperiales para poner en su lugar vuestro escudo.

EL ALFÉREZ (*á los coraceros*).—Media vuelta á la derecha... Mar...

WALLENSTEIN.—¡Maldito acto, y maldito quien lo aconsejó! (*A los coraceros que se van.*) Deteneos, muchachos; es una mala inteligencia. Oídme; voy á castigarlos severamente... aguardad! No me oyen. (*A Illo.*) Seguidlos, y tratad de persuadirlos y traerlos aquí, cueste lo que cueste... (*Vase Illo.*) ¡Esto nos precipita; Buttler, Buttler!... Sois mi ángel malo... ¿Por qué anunciarme la noticia en su presencia? ya estaba todo